

El Día y la construcción del imaginario de guerra: Editoriales sobre las Malvinas³¹

César “Tato” Díaz y María Marta Passaro

Sucinta historia del diario El Día

Antes de analizar la construcción del imaginario de guerra realizado por el diario El Día, resulta conveniente presentar una somera reseña histórica del mismo. El matutino platense fue fundado el 2 de marzo de 1884 por una sociedad integrada por Manuel Láinez, Julio Botet, Arturo Ugalde y Martín Biedma, hombres vinculados al quehacer político, empresarial y, por supuesto, periodístico. Ellos entendieron que la capital de la provincia de Buenos Aires, a poco más de un año de su fundación, no podía carecer de un órgano de prensa que fuera capaz de combinar el ejercicio del periodismo con el interés crematístico, contribuyendo también a delinear la identidad de la naciente urbe (C. Díaz; M. Giménez; M. Passaro, 1999; 2000). El medio estaba dispuesto a confrontar con aquellos órganos capitalinos adalides de la acérrima salvaguardia de la hegemonía porteña, no obstante presentarse paradójicamente al público como medio “nacional”. Fiel a estas

31 Algunas consideraciones de este trabajo han sido expuestas en las XIII Jornadas Interescuelas Departamento de Historia Universidad Nacional de Catamarca, 2011 y posteriormente publicadas bajo el nombre de “Imaginaris de guerra: la agenda editorial de El Día frente a Malvinas” en: *Oficios Terrestres. Revista de Ciencias Sociales desde la Comunicación y la Cultura*, Año XVIII, N° 28. La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, 2012.

premisas, y desafiando los avatares presentados por la convulsionada historia política y económica de nuestro país, desde su primera salida a la calle, intentó actuar en concordancia con aquellos objetivos fundacionales, actitud que le permitió sobrellevar las distintas crisis sin perecer en el intento (C. Díaz, 1996). Sin desmedro de esta condición tuvo, en horas de alto dramatismo para la vida institucional del país como lo fue el golpe de Estado de 1930, una activa participación y una incidencia efectiva en la formación de una corriente de opinión favorable al derrocamiento del primer presidente elegido por el sufragio universal, secreto y obligatorio, Hipólito Yrigoyen, hecho que para el medio y sus colegas no constituyó, de ningún modo, una ruptura institucional (C. Díaz, 2019; 1996b). Otro momento clave en la historia nacional que no pasó desapercibido para el diario, fue el que dio lugar a las alternativas surgidas a partir de la asunción de las autoridades militares que pusieron fin a la oprobiosa década infame. Ante los sucesos desarrollados a posteriori de la revolución de 1943, El Día asumió un discurso tibiamente hostil para con el coronel Juan Domingo Perón, quien llegaría a ocupar tres cargos en el Poder Ejecutivo Nacional (Secretario de Trabajo y Previsión, Ministro de Guerra y Vicepresidente de facto). El momento de mayor apuesta del matutino platense contra la emergente figura de un militar diferente, lo constituyó una manifestación popular elocuente en circunstancias en las que desde los ámbitos periodísticos y políticos en general especulaban con que su estrella se apagaría para siempre. Ese posicionamiento fue explicitado, tal como era tradición en los grandes medios gráficos argentinos durante el siglo XX al comunicar una noticia trascendente, anunciando a la ciudadanía la “buena nueva” mediante el incesante sonar de la sirena. El 9 de octubre de 1945, desde la terraza de su edificio de la diagonal 80 de la ciudad de La Plata, daba a conocer a través del estruendoso sonido la destitución del controvertido y popular coronel de todos sus cargos y su confinamiento a la isla Martín García. Entonces, los partidarios de Perón iniciaron una serie de movilizaciones callejeras que expresaban su adhesión al prisionero y

su exasperación frente al posicionamiento antiperonista del diario. Por cierto, las crónicas de la época registraron el apedreamiento de la redacción y de diversos medios de transporte y la quema pública de gran cantidad de ejemplares, circunstancia que culminó con el cierre temporario de las instalaciones de la empresa periodística los días 17 y 18 de octubre (C. Díaz, 2006; D. James, 1995). A partir de 1962 asumió la responsabilidad de la dirección de El Día, el abogado David Kraiselburd, quien se había integrado a la redacción en el año 1927 y trabajó en ella hasta el 25 de junio de 1974 como se verá a continuación. Tras su deceso asumió la dirección interina del matutino el Ing. Hugo F. Stunz y, en breve lapso, hizo lo propio el hijo del extinto, Raúl Kraiselburd, -quien actualmente sigue desempeñándose como director-. Durante su conducción, continuadora de la línea trazada por su padre desde hacía más de una década, el matutino proseguía batallando en favor de la libertad de expresión en la Argentina; por lo cual advertía a la opinión pública acerca del enorme perjuicio que, en esa coyuntura, implicaban las distintas modalidades de restricción a ese derecho consagrado nada menos que en la Constitución Nacional. Con relación a otros aspectos hemerográficos del diario, cabe aclarar que sus centenarias columnas supieron brindarle un lugar a un número importante de periodistas de fuste que consagraron el reconocimiento del decano del periodismo platense a escala nacional y tras las fronteras. Entre los periodistas integrantes de su redacción, algunos de los cuales fueron además eximios literatos, podemos mencionar a Benito Lynch, Juan José Terry, Arturo Capdevila, Evaristo Carriego, Osvaldo Tomatti (Mercurio), Rafael Alberto Arrieta, Romualdo Brughetti, Tomás Diego Bernard, César Corte Carrillo, Ismael Dolgopol, Enrique de Gandía, Horacio Castillo, Ana Emilia Lahitte, Julio César Mastay, Matilde K. de Creimer (Marta Alba Swan), Clotilde Pascua Lozzia (Ñusta de Piorno), Roberto Themis Speroni, Aurora Venturini, Álvaro Yunque, Osvaldo Urriolabeitia, Jorge Money, Carlos Floria, Nelson Domínguez, José del Río, Jorge Salazar, Ramiro de Casasbellas, Juan Francisco Lagomarsino, Alberto

Albertengo, Ricardo West Ocampo, entre otros. Por último, se añadirá que su formato, no obstante haber disminuido algunos centímetros, seguía manteniendo el original “sábana”, característica propia de los grandes medios decimonónicos. A mediados de la década del ‘70 su tirada oscilaba alrededor de los 50.000 ejemplares, condicionada por las fuertes variaciones en el precio del papel, tal como indicara su director Raúl Kraiselburd (R. Kraiserlburd, Comunicación Personal, 2004). En tanto, otras fuentes afirman que la tirada era de 65.000 ejemplares (Getino, 1995).

El discurso editorial del diario El Día

La construcción editorial del diario El Día del imaginario de la guerra de Malvinas presenta algunas particularidades. En primer lugar, resulta evidente una destacada presencia cuantitativa de notas, infrecuente en sus columnas. Se registran un total de 34 editoriales en el periodo analizado (2/4/82- 10/12/83), de las cuales 27 se publicaron entre abril y junio, mientras que entre julio y octubre de 1982 mantuvo el tema en su agenda una vez por mes, para recién retomarlo por última vez en 1983, al cumplirse el primer aniversario. Otra característica de los enunciados reside en que una cantidad significativa de notas que conforman el corpus (30%) reflexionaban sobre los condicionamientos a los que se veían sometidos los medios para informar en esa especial instancia. Este criterio de jerarquización sobre las políticas comunicacionales negativas de la dictadura, marca una continuidad en la línea institucional del matutino desde 1976 (Díaz, Passaro, 2002, 2005; Díaz, Giménez, Passaro, 2003, 2003a, 2006)³². Asimismo, su discurso apeló a algunas estrategias que ya había utilizado en el tratamiento del conflicto del Beagle con Chile. Así, El Día produjo un imaginario de guerra intentando omitir ese término en

32 También pueden consultarse los artículos de Díaz, Giménez, Passaro que analizan la agenda editorial de los no socios, publicados entre 2002 y 2006, en Anuario de Investigaciones. UNLP, La Plata.

sus enunciados y apelando a eufemismos (“conflicto austral”, “situación bélica”, “graves momentos vividos”, “estas delicadas circunstancias”, “futuros momentos bélicos”, “la reacción final”, entre otros), a partir de una lógica polarizada que involucraba a un nosotros definido por el “otro negativo”, (Díaz, Giménez, Passaro, 2011), en este caso representado por el gobierno y medios ingleses.

La libertad de prensa en jaque

Durante el mes de abril, luego de la ocupación de las islas concretada el día 2, mientras mediaba el embajador norteamericano para evitar los enfrentamientos bélicos, al menos en apariencia, El Día jerarquizó otros temas también controversiales. La primera cuestión que ocupó su sección institucional fue la decisión adoptada el 6/4/82 por la Sociedad de Distribución de Diarios, Revistas y Afines (SDDRA) de evitar la distribución del matutino *The Buenos Aires Herald* por filiarlo erróneamente con los intereses de los oponentes³³. La entidad aducía que la decisión : “fue motivada por su permanente acción disociadora hacia el hombre argentino, con su material periodístico ambiguo y capcioso, que constituye un problema ideológico y político de graves consecuencias en los momentos difíciles por los que atraviesa nuestra patria” (...) “si hay argentinos que están despistados, que Dios los ilumine para que se reencuentren en el camino de la verdad” y que “en estas difíciles circunstancias, se está con el país o se está en contra” (13/4/82).

Frente a esta “inaceptable” censura, el diario repudió el avasallamiento a la libertad de expresión, con independencia de su origen, reforzando la línea editorial sostenida entre 1976-1978, etapa en la cual fustigó las políticas comunicacionales negativas de la administración

33 El Día esclarecía el equívoco en el que incurría la entidad que entendía que por estar escrito en inglés respondía a intereses británicos (7/4/82) desconociendo que el 60 por ciento de los capitales pertenecía a la empresa estadounidense Charleston Publishing Company y el resto era argentino tal como desarrollamos anteriormente.

del proceso de reorganización nacional (Díaz, Passaro, 2001). En este caso, las objeciones editoriales presentaron tres argumentos sobresalientes: el primero, los lectores del diario angloparlante. El matutino platense evaluaba que eran los directamente perjudicados y que, no obstante, el intento de impedirles acceder al medio, habían optado, de modo espontáneo, por adquirirlo en la redacción y en los lugares habilitados para la venta, dando cuenta de “lo inútil e irritante de la restricción aplicada ya que pone de manifiesto la necesidad de que las cosas vuelvan a su lugar” (13/4/82). Otro aspecto que cuestionaba desde siempre en la agenda institucional, hacía foco en que la “anómala situación” había sido implementada por quién “ejerce el monopolio de un servicio público, y no puede quedar a su solo arbitrio la vigencia o no del derecho a informarse de la ciudadanía”. En tercer lugar, advertía a su prodestinatario –el gobierno- sobre el impacto de una medida de tal calibre en el exterior: “no debiera ser necesario explicar la importancia que, en este momento, tiene no sumar elementos irritativos totalmente irracionales como éste, a las relaciones del gobierno argentino con el país del Norte” (7/4/82), argumentación basada en que el capital mayoritario era estadounidense y quién se encontraba como mediador en el conflicto era el secretario de Estado, A. Haigh.

El Herald volvió a ser tema de análisis editorial a los pocos días cuando, aún vigente la decisión de la SSDRA, El Día denunciaba que su director, James Neilson y su familia, habían recibido amenazas que motivaron su alejamiento del país durante la guerra³⁴, aunque como se analizó en el capítulo dedicado a este “diarito inglés”, otras fueran las razones. La ofuscación del editorialista se explicitó a través de un discurso que apelaba al logos y al pathos: “de esta manera, nuevamente, la acción de grupos minoritarios transmite hacia fuera un reflejo

34 “La idea de caer en manos de los responsables de torturar y asesinar a miles de inocentes no me hacía ninguna gracia (...) Por estos motivos cuando, con generosidad caballeresca, los directores de El Diario Popular y El Día de La Plata, Jorge Fascetto y Raúl Kraiselburd respectivamente, ofrecieron prestarme sus casas en Punta del Este mientras durara el conflicto, acepté con gratitud, para volver poco después de la rendición” rememoraría James Neilson (2001: 248).

distorsionado del verdadero modo de ser argentino. De ese modo de ser, que ha permitido, hasta el presente, que los residentes británicos en nuestro territorio se sintieran cómodos y seguros, pese al conflicto y a las exhortaciones temerosas de sus compatriotas (...) Hace ya una semana, se afirmó aquí que quienes habían resuelto no distribuir el 'Herald' no habían entendido el espíritu con el que se concretó la recuperación de las Malvinas" (13/4/82).

Un mes después, y en igual sentido, repudió las "acciones de hostigamiento" sufridas por tres periodistas británicos y uno estadounidense, sin dejar de destacar la actitud asumida por el gobierno de facto, una de las escasas ocasiones en que expuso un discurso apolo-gético de las autoridades-: el comunicado del Ministro del Interior (Alfredo Oscar Saint Jean) solidarizándose con los afectados y la entrevista que les concedió Galtieri, no obstante advertirles acerca de la necesidad de concretar "la investigación exhaustiva" para no perjudicar aún más nuestra imagen en el exterior. La preocupación del matutino por ese tema se explicitó ya desde el título de la nota "Atentados contra el país" (14/5/82).

Otra cuestión vinculada al universo del periodismo se dio en oportunidad de disponerse el "ejercicio de algún grado de control por parte de las autoridades" en virtud de la coyuntura de guerra. El Día no cuestionaba esa decisión sino la forma en que se instrumentaba. En consecuencia, argumentaba a favor de la censura en el plano de la información militar: "si hay una situación en la que los diarios pueden aceptar como justificable racionalmente una limitación a la libertad de prensa, ésa es, sin duda, la que vive actualmente el país". Sin embargo, efectuaba una rigurosa crítica a su prodestinatario -el gobierno militar- dado que no acordaba conque fuesen los directores de los medios los responsables de aplicarla, por razones evidentes, solicitando que la instrumentara un funcionario del régimen. Para evidenciar la incongruencia de la decisión oficial apelaba a una serie de preguntas retóricas: "¿Cómo establecer claramente si una información puede 'producir pánico,' 'restar credibilidad a la información

oficial; ‘procurar tendenciosamente, afectar la relación con otros países’, o si ‘procedente del exterior’ apunta a ‘facilitar el logro de los objetivos psicológicos del oponente’? Conceptos como ‘pánico’, ‘credibilidad’, ‘tendenciosamente’, están siempre sujetos a una apreciación personalísima y ¿cómo podría el director de un diario – sin tener a mano los elementos de que seguramente dispone el Gobierno argentino – hacer otra cosa que imaginar cuáles son ‘los objetivos psicológicos del oponente?’” (1/5/82). Poco tardaría en corroborar que sus argumentos eran más que válidos ya que a escasos días del final de la guerra, Noticias Argentinas, agencia estrechamente vinculada a la empresa del diario platense, fue clausurada durante 72 hs. por el gobierno militar. La medida provocó el repudio no sólo de El Día sino también de otros colegas. La nota presentaba datos destacables; en primer lugar, mencionaba el nombre del Secretario de Información Pública de la Nación, a cargo del Dr., Rodolfo Báltierrez, civil que había sabido colaborar con la dictadura de Onganía y durante los 70 escribía para los diarios La Nación y La Prensa

Además, calificaba a N.A. como: “organismo periodístico independiente en un mundo donde, salvo algunas pocas empresas con sede en otros países, la mayoría de las agencias son apéndices del Estado o de grupos afines o asociados”, en obvia referencia a la agencia estatal Télam.

También es señalable que el matutino apelaba a la auto-referencialidad al manifestar que el 1 de mayo había señalado claramente la conveniencia de que fuesen los funcionarios del gobierno quiénes se encargasen de “la censura”, para evitar situaciones inaceptables como la aludida. La agencia dio a conocer a sus abonados información que fue calificada posteriormente por los militares como “violatoria de la seguridad nacional por comprometer el desarrollo de las operaciones militares”, por lo cual el PEN le impuso la más dura medida dentro de las políticas comunicacionales negativas. El Día repudiaba la situación manifestando: “lo dicho debiera bastar para demostrar la injusticia de la sanción aplicada. Pero ello, con todo, no es lo más gra-

ve. Porque la clausura dispuesta es precisamente el tipo de castigo que nunca debe aplicarse a un órgano periodístico. La censura previa, en efecto, puede evitar que trasciendan datos considerados vitales por los mandos militares; esta forma de censura posterior no remedia el mal –si éste existiera- y en cambio, implica marginar a miles de ciudadanos argentinos, al suprimir su fuente de información, en un momento en que dicha información les es indispensable” (6/6/82).

Esa fue la última reflexión editorial referida a los mecanismos del dispositivo censorio, puesto que, a pocos días, la guerra estaría perdiéndose y otros serían los asuntos analizados por el diario.

Malvinas en los editoriales del diario El Día

Apenas concretada la ocupación de las islas el 2 de abril el matutino platense publicó un artículo editorial -“La fuerza como instrumento de la razón”- exponiendo toda una declaración de principios desde el título. En la nota calificaba a la acción militar como “trascendente” además de considerar que era “saludada con el alborozo entrañable que sólo inspiran los grandes fastos de la historia nacional”. La justificación de su acuerdo era clara: “la determinación que inspira la posesión de la razón, la entereza que se nutre en las convicciones firmes y la reacción que generan muchos años de pacientes e infructuosos esfuerzos a favor de las soluciones pacíficas, dinamizaron el operativo que culminó con el ejercicio efectivo de nuestra soberanía sobre los archipiélagos enclavados en los mares australes”

Asimismo, reformulaba el significado de la guerra, en sintonía con los discursos que circulaban por esos días, amplificándolo entre la opinión pública: “la recuperación por la vía militar no comporta en este caso una agresión. La ocupación implica la prolongación natural de la fuerza que acuerda el derecho, y la reflexiva intención de neutralizar planes ofensivos y resguardar los intereses nacionales” (3/4/82). Desde entonces, el diario explicitaría su convicción sobre la legitimidad del reclamo, fundada en “irrefragables principios histó-

ricos, jurídicos y geopolíticos” (17/4/82), por lo cual caía en la paradoja de no cuestionar la ocupación territorial, que podría terminar en acciones bélicas, pero proponiendo un mensaje pacifista para buscar soluciones. Así avalaba la situación a través de expresiones como “la reconquista del territorio” (14/5/82) al tiempo de esgrimir que la “aventura bélica” concretada por el gobierno británico respondía a su “pretensión colonialista” (22/5/82)³⁵. Este argumento era contrario al dictamen de la OEA y la ONU quienes entendieron que la Argentina se convertía en el país agresor al haber invadido el territorio, perspectiva que el matutino intentó refutar desde sus enunciados a lo largo de los 74 días del conflicto.

De este modo, se corrobora que El Día reforzó los discursos contemporáneos en relación con la guerra, en virtud de que la posesión del territorio de las islas “tenía la eficacia del mito fundador de la nacionalidad argentina y en ese sentido puede ser valorado y deseado por los miembros de dicha nación” (Menéndez, 1998). La columna editorial del matutino puede sumarse a los múltiples ejemplos en ese sentido, ya que reforzó el imaginario que interpretaba que el territorio constituía uno de los elementos fundantes de la identidad -integrando lo material y lo moral-. Así, el hecho producido el 16 de marzo³⁶ era calificado como “lesivo para nuestra integridad física y espiritual” (3/4/82), o al analizar la visita del Papa cerca del final de la guerra afirmaba: “con esa integridad física y espiritual y con la dis-

35 Luego de finalizada la guerra, publicaría un editorial titulado “Significativo pronunciamiento británico” (22/9/82), en el que señalaba que un grupo de estudiosos ingleses reunidos en Manchester, reconocieron los “derechos inalienables de la Argentina sobre los territorios en discusión” por lo que solicitaban a su gobierno la devolución de los mismos

36 Ese día, en Puerto Leigh (Georgias) un grupo de obreros argentinos, trasladados por la Armada para desmontar un astillero, izaron la bandera y dispararon unos tiros al aire. El gobernador de las islas Rex solicitó a Gran Bretaña su expulsión pero fracasó. No obstante ello, M. Thatcher despachó un refuerzo de marines en el Endurance para desarmar la dotación argentina, provocando la reacción de nuestro país que llevó al desembarco, el 24 de marzo, de un grupo de elite argentino, los Lagartos comandados por A. Astiz, en Bahía Paraíso para proteger a los chatarreros argentinos.

posición que brota de sus íntimas e insobornables convicciones, los habitantes de este suelo de una u otra manera se movilizarán hoy y mañana” (11/6/82).

En consecuencia, necesariamente el discurso editorial configuró un imaginario de la guerra polarizando a los actores involucrados: un nosotros/argentinos y un ellos/británicos. Los metacolectivos (“argentinos”, “pueblo”, “ciudadanía”, “comunidad”), robustecidos con el empleo del nosotros inclusivo (“nuestra nación”), reforzaron la construcción de una representación de una entidad nacional que denominaremos “argentinidad”, definida por el diario como “el verdadero modo de ser argentino” (13/4/82) o “una modalidad de vida y vocación conviviente de los argentinos” (17/4/82)³⁷, y que era identificada con los valores de la tolerancia, respeto, hospitalidad, sensibilidad, nobleza, la condición de civilizados, valores que se encolumnaban unívocamente tras la causa nacional representada por Malvinas. En ocasiones, ese colectivo “argentino”, era el prodestinatario específico de sus notas para alertarlo acerca de la campaña contraria a nuestro país desarrollada por los británicos, quienes pretendían: “pintar la serena decisión de actuar en defensa de un derecho largamente postergado, como manifestación de un temperamento agresivo y un nacionalismo fanático y xenófobo al estilo iraní” (27/4/82). Razón por la cual prevenía a sus lectores sobre ciertas actitudes intolerantes hacia residentes británicos, como el caso ya citado de la SDDR contra el Herald, advirtiéndoles acerca de la necesidad de evitar actos que alimentaran las operaciones de desprestigio que presentaban a los argentinos como incapaces, por ejemplo, de respetar los derechos y el modo de vida de los extranjeros residentes en nuestro país y de los mismos isleños: “¿Cómo convencer a los que reciben la noticia de lo ocurrido con un diario que lleva un siglo de vida argentina aunque se dicte en idioma inglés, de que nuestro pueblo no es intolerante, ni racista ni xenófobo, y ha demostrado cientos de veces su

37 Guber (2001) señala que las colectividades “desarrollaron una serie de actividades que se sumaron al fervor argentino en un conflicto internacional que los convocaba como aliados amigos”.

inagotable capacidad para olvidar agravios?” (13/4/82). Con el fin de probar la madurez y el respeto de la sociedad argentina, tomaba como principio de autoridad las declaraciones de diversas comunidades extranjeras afincadas en el país que ratificaban sus afirmaciones: “en estos días, ha habido muchos pronunciamientos espontáneos de colectividades extranjeras, deseosas de desautorizar apreciaciones apresuradas y de neutralizar propósitos inconfesables. En tal sentido, particular significación ha adquirido la respuesta de la Asociación de Productores Rurales Británicos de la Argentina” (17/4/82).

Para El Día entre los responsables de la empresa detractora, además del gobierno británico, se encontraban los medios ingleses, en especial la BBC, por lo que no dejaba de contrarrestar la exhortación de la emisora radial a sus connacionales para que abandonaran el país por los riesgos que podrían correr, aseverando que ese temor contrastaba con “la actitud de los destinatarios de sus mensajes, que, al menos hasta el presente, parecen no sentirse en peligro” además de “desenvolverse cómodamente en el seno de nuestra sociedad” (27/4/82).

De este modo, la definición del nosotros de identificación “argentino” se construía en simultáneo al otro opuesto, los británicos, que eran referidos con calificativos negativos (“la nación agresora”, “país agresor”, “gobierno agresor”, “únicos culpables de una situación”) al igual que sus acciones, gestos o declaraciones (“sus iniquidades bélicas”, “la amenazante decisión”, “sus injustas pretensiones”, “el ánimo colonialista de la potencia europea”, “la irreflexiva actitud”, “su espíritu agresivo”, “los auténticos responsables del dramático capítulo que nos envuelve”, entre otras). La puesta en circulación de una representación “demonizada” de los ingleses se focalizó especialmente al reflexionar sobre dos temas: la amenaza del uso de armas y submarinos nucleares³⁸ y el tratamiento de los prisioneros de guerra.

38 Recuérdese que Escudero (1996: 145-176) analiza como abordó Clarín el rumor sobre el envío del submarino Superb, demostrando como este se transformó a partir de los relatos de los diarios en un “mundo posible”, en el marco de la guerra psicológica desarrollada por los británicos y facilitada por la construcción de los relatos periodísticos de los medios nacionales. Ratifica esa perspectiva Verbitsky

En el primer caso, lo que el diario entendía como ausencia de escrúpulos morales de “la potencia invasora” era expuesta a través de afirmaciones críticas del siguiente tenor: “la nación agresora, que no ha dudado en instrumentar el bloqueo naval a los archipiélagos australes con submarinos de propulsión nuclear” (22/4/82); en escasas oportunidades, apeló a un discurso patológico para referirlas: “el secundar a la escuadra dotada de elementos convencionales con el concurso de submarinos de propulsión atómica (...) Son muchos los actos provenientes del sector agresor que denuncian desvarío y apartamiento a todo principio de comprensión y convivencia” (30/4/82); mientras que en todas efectuaba una referencia axiológica:

“el petulante y amedrentador anuncio acerca de su poderío bélico (...). Se trata de una grave inconducta, que se suma a otras aberrantes formas de lucha militar y de acción psicológica en que han incurrido los altos funcionarios de la Corona” (9/5/82).

En cuanto al tratamiento editorial de los prisioneros de guerra, el matutino apeló como principio de autoridad a las Convenciones de Ginebra (1949) puntualizando las violaciones cometidas por Gran Bretaña. En su columna denunciaba que los prisioneros fueron ocupados en tareas que tenían carácter o propósito militar o en áreas de naturaleza peligrosa o insalubre y, más grave aún, que luego del hundimiento del Gral. Belgrano el 2 de mayo no buscaron, reunieron ni ayudaron a los heridos y enfermos, provocando 323 muertos -de un total de 1093 tripulantes (Lorenz, 2010)-, además de ametrallar a los naufragos del buque pesquero Narwal (13/5/82). El diario concluía exigiendo una exhaustiva investigación ya que: “inconstruibles principios de dignidad humana indican que no deben quedar impunes actos que ni aún las guerras pueden admitir, so riesgo de

(2002) para quién “fue una guerra psicológica más argentina que británica. Fue una guerra irreal”.

invalidar los más caros principios de nuestra civilización” (9/6/82). A los pocos días, en un editorial crítico retomaría su denuncia recurriendo a datos cuantitativos para reforzar la imputación: “Una de las más delicadas situaciones sobrevinientes al cese de fuego en las Islas Malvinas, la configura la suerte de los prisioneros argentinos, que en número no determinado –según las fuentes³⁹ entre 15.000 y 9.000 hombres- se encuentran expuestos a las inclemencias climáticas, a la desnutrición y a la contracción de enfermedades, según los testimonios de los altos jefes británicos. Tamaña revelación pondría de resalto la desaprensión de las fuerzas del Reino Unido, en cuanto se dejaría de prestar la asistencia que razones humanitarias, aún por encima de cualquier convención internacional en casos semejantes, obligan a ofrendar a los efectivos adversarios una vez superadas las hostilidades”; sin dejar de advertir la posibilidad de que el Reino Unido abrigara fines extorsivos en relación con los prisioneros de guerra argentinos (18/6/82).

La idea del “enemigo”, término elidido de los enunciados editoriales, también se construía en relación al concepto de “civilización”, subjetivema⁴⁰ siempre vinculado a la identificación con lo nacional: “la conducta observada, tanto por el gobierno como por el pueblo argentino, a partir de la recuperación de las islas Malvinas y en todo lo vinculado con la situación de conflicto planteada con Gran Bretaña, ha sido impecable en todo cuanto se refiere a su caracterización como país profundamente civilizado y respetuoso del derecho ajeno” (14/5/82). Así, por contraste, esgrimía que los argentinos eran respetuosos de los acuerdos internacionales que reglamentaban el uso de armamentos de esas características debido a una conducta ética reflejada en el “auténtico espíritu que guía la actividad de nuestros hombres de ciencia y técnicos” (...) “la República Argentina ha contraído un compromiso moral con todo el continente, para mantenerlo al margen de cualquier intento de utilizar la energía nuclear con

39 Nótese que el matutino no indicaba el tipo de fuente aludida.

40 Un subjetivema es un enunciado que demuestra la subjetividad del emisor.

afanes bélicos”⁴¹ (22/4/82). Nótese que los enunciados apologéticos no hacían referencia al gobierno o autoridades sino que referían a un colectivo o a un grupo de civiles, en este caso, los hombres de ciencia.

El “otro”, en cambio, movilizado por el “insaciable apetito colonial” (22/6/82), los escasos escrúpulos que revelaba “al despreciar los derechos ajenos”, y dentro del cual incluía las difamaciones de la BBC cuyas exhortaciones buscaban “crear una imagen del pueblo argentino como capaz de excesos y del desconocimiento de elementales principios de la conducta civilizada” (27/4/82), para los enunciados era el irrespetuoso de los principios básicos de la civilización. Podemos conjeturar que al calificar de “civilizados” a los argentinos, remitía implícitamente a su par opuesto, “los bárbaros”, en este caso representado por los ingleses. Esa construcción de la alteridad mantuvo continuidad en su discurso editorial luego del 14 de junio de 1982.

Otro aspecto que no pasó desapercibido para el diario fueron “las conmovedoras muestras de solidaridad” con “el ideario argentino” por parte del resto de los países latinoamericanos, fuesen a través de la ayuda económica (13/6/82), militar u otras prestaciones que expresaban “la comunión” en la “vocación americanista” (22/5/82). El matutino, como el resto de la sociedad, no dejó de exponer su sorpresa frente a este espontáneo apoyo, efecto de la guerra tan inesperado y “conmovedor” como bienvenido: “Desde que a instancias de Gran Bretaña, la comunidad europea y EEUU, sumaron sus sanciones económicas a la agresión bélica, no se tuvieron dudas acerca de la solidaridad de esta parte del continente, que, consustanciada con el ideario argentino, se sintió también lesionada por la irreflexiva actitud de Londres. Esa identificación no se ha hecho esperar, y está

41 El diario efectuaba afirmaciones que resultan llamativas por su osadía: “el dramático desarrollo de los acontecimientos que involucran a nuestro país, la tensión ambiente, que se extiende a todos los puntos del orbe y la generalización de opiniones y conjeturas en torno a las alternativas y alcances que podría tener una eventual confrontación armada en el Atlántico sur, ha inducido a algunos sectores a suponer que la República Argentina podría acudir a los sorprendentes progresos que ha alcanzado en el campo de la investigación nuclear para defender sus derechos, en una última instancia de la disputa” (22/4/82).

alcanzando una proyección que excede toda estimación. Obligando a un emocionado reconocimiento. Desde los distintos rincones de América Latina, con alguna aislada y desairada excepción, se manifiesta la voluntad de apoyar a nuestro país no sólo en la emergencia militar, sino de compensar el deterioro que se produjo en nuestro comercio exterior”.

Finalizaba con una predicción que con el tiempo demostraría acertada: “el conflicto por las Malvinas ha suscitado sentimientos de hermandad que prometen fortalecer la unidad del bloque latinoamericano” (15/5/82). Se advierte que en su columna no hizo referencias sobre el posicionamiento asumido por el gobierno chileno, al mando del dictador Pinochet, favorable a los británicos. Nuevamente la representación de la nación fue central en la nota publicada al promediar la guerra, en la que analizó la presencia del Papa Juan Pablo II en el país. Allí exponía plenamente su imaginario de la argentinidad, “mitigada por los pesares”, a través de metacolectivos (“población”, “comunidad”, “pueblo”) que, según su lectura del momento, se hermanaba como: “una población necesitada de una asistencia espiritual de la máxima jerarquía para paliar la aflicción que la domina”; pueblo que demostró “entereza, fortalecido en la adversidad y más convencido que nunca de que su esfuerzo y su sacrificio no constituirán ofrendas vanas, sino que fructificarán en un destino luminoso” (11/6/82). El matutino aseveraba que la visita del pontífice convocaría masivamente a los habitantes en busca de consuelo, aunque nunca explicitara que por la inminente derrota militar prevista. Por último, el sorpresivo final para los contemporáneos fue analizado en un editorial titulado “Una Argentina madura” que tenía como destinatario al “nosotros”, integrantes de esa nación que construyó discursivamente durante el conflicto, de la que se sentía parte, y a la que deseaba de alguna manera aliviar, introduciendo la nota con una afirmación contundente: “la Argentina no es un país derrotado”. Consideraba necesario efectuar una “evaluación fría y sin resentimiento ni abandono de los objetivos políticos que la Argentina ha

venido y seguirá persiguiendo en defensa de sus derechos”. Entendía que era imposible ignorar los errores de cálculo cometidos no sólo por los gobiernos involucrados sino también por EEUU, ya que a su criterio “las actitudes y gestos de altos funcionarios estadounidenses parecieron tener el objetivo de forzar a la Argentina a profundizar sus lazos con la Unión Soviética”. Además, de reconocer la valentía de “nuestros soldados” quienes rechazaron el calificativo de “suicidas”, puntualizaba que la democracia era el camino a seguir: “el país debe encarar su futuro con cordura y prudencia.⁴² No hay victorias que festejar ni culpables que castigar; hay en cambio, una tarea largamente demorada en cumplir. La Nación debe recuperar el funcionamiento pleno de sus instituciones como punto de partida para la realización integral de sus enormes posibilidades, que la guerra no ha hecho más que revelar. El coraje y la decisión, la capacidad y el desinterés que afloraron, en el frente como en cada una de las ciudades, deben constituirse en los materiales para la construcción” (16/6/82).

La posible contradicción en que incurriera el diario cuando proponía efectuar un balance sin considerar a los culpables, quedó medianamente refutada cuando, a poco de intentar asimilar la derrota, comenzara a solicitar explicaciones a las autoridades militares sobre las causas de la guerra y la situación de los combatientes.

Los cuestionamientos al gobierno dictatorial

A partir de mayo el matutino platense publicó algunas notas críticas sobre el accionar oficial, jerarquizando en primera instancia el control sobre la información y la censura. Coherente con sus intereses, volvía a expresar su disconformidad, en este caso frente a la ausencia de información oficial padecida también por “el ciudadano común”. El mismo director, tiempo después expresaba: “Era toda la población

42 El 15/6 la radio y la televisión habían convocado una marcha a plaza de Mayo, a la que asistieron cerca de 5000 personas. Su carácter opositor llevó a que el gobierno efectuara una violenta represión (Quiroga, 2004: 301)

la que exigía a una inmensa mayoría, recibir la información de acuerdo a lo que suponía que pasaba” (R. Kraiselburd, comunicación personal, 2004), ya que no circulaba información oficial clara y precisa. De esta manera, sostuvo una línea crítica advirtiendo lo inoportuno que resultaba cometer errores aún lejos del teatro de operaciones, ya que ante el estado de zozobra que atravesaba la ciudadanía, el gobierno debía otorgarle información para que pudiera actuar en consecuencia, por ejemplo, ensayar simulacros de apagones en caso de ataque, tal como informó un medio radial platense. Cabe aclarar que La Plata es vecina de la ciudad de Ensenada donde se halla la destilería de YPF, posible blanco de una ofensiva militar. En consecuencia, señalizaba en un editorial crítico lo que luego se haría más que evidente: “la información sobre el comportamiento que debe observarse ante cualquier coyuntura es indispensable para lograr conductas armónicas y, sobre todo, para eliminar cualquier signo de pánico. (...) La apelación por canales de parcial alcance y con una innecesaria premura, denunció una improvisación que se acentuó pocos minutos después, al comunicarse la decisión de dejar sin efecto la práctica. Se trató, evidentemente, de recaudos inconsultos, y no utilizados con el equilibrio necesario” (5/5/82, el subrayado es nuestro). Agregaba a continuación en forma taxativa que “se imponen en estos casos prevenciones y acciones persuasivas que tengan por finalidad invalidar signos de alarma infundada en los ámbitos urbanos, por un lado, y, por otro, poner al tanto a la población de cuáles deben ser sus desplazamientos o conductas en el hogar o en los lugares de trabajo de mediar algún suceso imprevisto” (5/5/82).

La misma línea crítica adoptó frente a las medidas económicas implementadas en ese mismo mes. Como no dudaba de que se hubieran aplicado al margen de la situación de guerra atravesada por el país, mostraba enfáticamente su desacuerdo: “es necesario advertir que, ya se las considere como implementación de una economía de guerra, o como intentos dirigidos a sobrellevar una crisis ya en curso, están lejos de resultar suficientes, además de patentizar una vez más

que a los 'liberales' argentinos les toca siempre presidir o conducir procesos que finalmente resultan estatizantes.” El diario retomaba su posición institucional en relación con lo que evaluaba era el nudo del problema, la vigencia de “un Estado insaciable cuyo déficit terminará por ahogar a todos”. Para la coyuntura entendía necesario reducir el dispendioso consumo de energía a través de inversiones y la participación de capitales extranjeros, además de disciplinar a la población sobre un uso más cuidadoso de la misma, sin dejar de considerar que debía promoverse el aumento de la productividad agraria y reconvertir la producción ganadera adecuándola a los requerimientos del mercado internacional. Es decir, demandaba la puesta en práctica de “políticas generales y no únicamente soluciones coyunturales”. Asimismo, refutaba a las declaraciones del ministro de economía Roberto Alemann por culpar a la “sinarquía internacional, al imperialismo, al sector financiero” como causal del “mal” cuando: “es consecuencia del plan dado a conocer al país precisamente un 2 de abril, hace ya seis años. Las normas que desde entonces se dictaron y la fiscalización de su cumplimiento fueron responsabilidad del propio gobierno surgido del Proceso de Reorganización Nacional”. Concluía la argumentación con una sentencia implacable: “la economía nacional necesita de un plan capaz de devolverle la solidez ya hace largo tiempo perdida, deterioro que no puede considerarse consecuencia exclusiva de los gastos ocasionados por la defensa nacional” (7/5/82). Explicaba que la guerra había servido de excusa a la implantación de un paquete de medidas que hubiesen sido igualmente aplicadas de no mediar la coyuntura bélica.

El balance de la guerra

En las notas editoriales publicadas inmediatamente después de la derrota, una de las demandas de El Día fue el requerimiento al gobierno de resolver de inmediato la situación de los prisioneros argentinos:

“es el momento en que debe alzarse la voz de las autoridades argentinas, en demanda de una actitud que permita el rescate de quienes dieron muestras de heroicidad, exponiendo sus vidas en pos de la causa nacional. Ninguna situación podría explicar, ni menos justificar, la prolongación de una problemática en cuya superación deberán comprometerse inexcusables empeños” (22/6/82).

A los pocos días el imperativo de sanear el dolor de los familiares carecientes de noticias oficiales sobre los soldados -pues circulaban algunos trascendidos semioficiales- motivó las exigencias del matutino: “es necesario que las autoridades asuman con toda celeridad la responsabilidad de brindar nóminas detalladas en las que se consignen los nombres de aquellos a los que se sabe muertos, de los heridos, de los que se encuentran aún en territorio isleño -como indican algunas versiones- y de quienes por el momento se desconoce la suerte corrida. (...) No hay, pues, motivo posible para que continúe la ausencia de información oficial; de respuesta para quienes han hecho a la Nación la más dolorosa de las ofrendas”. Para El Día “cualquier verdad es preferible a la duda” (27/6/82).

Estas aseveraciones cobran una relevante significación en ese contexto de producción de discursos, si se considera que era el mismo reclamo efectuado por los familiares de los desaparecidos, quiénes fueron visibilizados en las páginas del diario durante la dictadura (Díaz, Passaro, Giménez, 2009a).

Tampoco excluyó de sus enunciados la sospecha que comenzó a circular sobre el destino de las “contribuciones populares” recaudadas para “nuestros combatientes”. En un editorial, luego de volver a reconocer la generosidad de las donaciones efectuadas por el pueblo para los combatientes, “Los aportes superaron todas las previsiones, y en muchos casos se llegó a ceder bienes no sólo de considerable valor material, sino efectos de inestimable significación afectiva. Dinero, alimento, ropas y otros elementos destinados a hacer más llevadera la acción de nuestros soldados en latitudes inhóspitas, fueron depositados con espontánea actitud, que permitió calibrar una vez más, y qui-

zá con mayor propiedad que en otras ocasiones, la innata inclinación a paliar necesidades o a solventar causas justas”, hacía pública las denuncias sobre la comercialización de algunas donaciones - tabletas de chocolate que portaban cartas de alumnos para los soldados (Lorenz, 2009: 69)-, en Rosario y Comodoro Rivadavia, y exigía: “una exhaustiva investigación, destinada a satisfacer el ya manifestado reclamo de la opinión pública en cuanto a la importancia de que se conozcan datos suficientemente precisos respecto de los aportes efectuados y el destino que en cada caso se les asignó” (18/7/82).

Al cumplirse un año de la ocupación de las islas, la situación del país era sumamente comprometida, ya que la guerra había puesto de manifiesto que los planes para continuar en el poder de los militares no podrían concretarse. La nota editorial exponía desde el título, “Los ciudadanos tienen derecho a saber”, el posicionamiento de cuarto poder asumido por el matutino, es decir como mediador entre los intereses de la sociedad y el gobierno de facto. En primera instancia reconocía la derrota, aunque estimaba escaso el tiempo transcurrido para valorar consecuencias: “todavía persiste el sabor amargo que siempre – por honrosa que pudiera ser – deja la derrota. Por todo ello es temprano aún para efectuar un balance. Es imposible, apenas doce meses después, determinar con exactitud cuáles pueden ser las consecuencias mediatas, en lo nacional e internacional, y aun en lo más íntimo de cada uno de los argentinos, de la experiencia vivida. Una experiencia, por otra parte, inédita para quienes ahora debieron sufrirla”, sin dejar de subrayar las cualidades que mostró a su entender la sociedad argentina movilizada frente a esa coyuntura: “Reconforta comprobar retrospectivamente el espíritu solidario que se exhibió, mil y una maneras. Enorgullecen las muestras de coraje que se brindaron y satisface haber verificado una vez más la preeminencia de la cordura frente al fanatismo”.

Su discurso partía de un principio indiscutible, seguir intentando la recuperación de la tierra que había sido “robada”. Luego desarrollaba dos cuestiones. Primero, destacaba el accionar de la “nación”, apelando nuevamente al sentido de identificación (solidaria, respe-

tuosa de bienes y personas inglesas) que mostró “un sólido frente común, sin fisuras, a pesar de las dudas – que luego se demostraron justificadas – de muchos sectores, frente a la decisión gubernativa”. Nótese un dato invisibilizado en los editoriales publicados durante el conflicto: las vacilaciones que algunos pocos sectores se animaban a mencionar en ese entonces⁴³, ya que tal como afirma Raúl Kraiselburd “hubo temas en lo que la coincidencia social era tan enorme que no había espacio para opinar de otra manera que como la mayoría, y eso pasa muchas veces en la Argentina” (R. Kraiselburd, comunicación personal, 2004). Según testimonió el director del diario “Hubo más autocensura que censura, no hay ninguna duda, yo por eso, inclusive, hubo a veces entre los periodistas actitudes que ahora parecen incomprensibles. Por ejemplo, con el conflicto de las Malvinas, hombres independientes del periodismo, que no podían sospecharse que tuvieran relación con el gobierno militar, ni muchísimo menos, habían asumido una actitud nacionalista terrible, por ejemplo Ramiro de Casabellas y que escribían en El Día como Jorge Lozano, Manfred Schönfeld ninguno de esos tres podían ser catalogado como afín al gobierno militar y; sin embargo, ellos adoptaron una posición digamos “patriótica” donde dejaron todo de sí” (R. Kraiselburd, comunicación personal, 2004).

En segundo lugar y a continuación, exigía sin explicitar su prodestinatario, las autoridades militares, una evaluación de las causas de la guerra: “los ciudadanos tienen derecho a saber cómo se llegó a lanzar al país a una guerra que, según los indicios que luego han ido trascendiendo, no tenía posibilidad de librar con alguna perspectiva de éxito⁴⁴”

43 Por caso dentro del socialismo se generó un fuerte debate en torno al tema. Confróntese Rozitchner (2005).

44 En la sección editorial no se hizo mención al Informe Rattenbach. El 2 de Diciembre del año 1982, el gobierno militar de Reynaldo Bignone por resolución N° 15/82 decidió la creación de una Comisión de Análisis y Evaluación de las responsabilidades políticas y estratégico militares en el conflicto del Atlántico Sur, integrada por representantes retirados de las tres fuerzas: por el Ejército, el General (R) Benjamín Rattenbach y el General de División (R) Tomás Armando Sánchez de Bustamante; por la Armada el Almirante (R) Alberto Pedro Vago y el Vicealmirante (R) Jorge Alberto Boffi y por la Fuerza Aérea el Brigadier General (R) Carlos Alberto Rey y el Brigadier Mayor (R) Francisco Cabrera. Por ser crítico de la actuación

(...). “Deben ser informados sobre la identidad de los responsables, no sólo de las decisiones, sino de las fallas de evaluación que condujeron a esas decisiones”.

Entendía que en el futuro este tipo de información sensible sería vital para la transición a la democracia, por lo cual los ciudadanos deberían tener elementos de juicio para “escoger el nuevo rumbo”. Por lo demás, mantuvo su convicción acerca del derecho soberano sobre las islas de nuestro país: “Hoy, como antes del 2 de abril de 1982, los argentinos están dispuestos a bregar, sin concesiones, por la recuperación de lo que, hace tanto tiempo, les robaron” (2/4/82).

Consideraciones finales

Resulta evidente que el diario *El Día* se encuentra entre los medios que practicaron un *periodismo pendular*. En todos los casos, el matutino apeló a la construcción de un imaginario de “argentinidad” aunada tras la causa nacional representada en el territorio de las islas. El peso simbólico del reclamo queda evidenciado particularmente en los enunciados de *El Día* cuando, sin adoptar una posición apologética frente al gobierno militar, justificaba la “recuperación” que provocaba la mancomunidad nacional en torno a ella.

Sin embargo, algunas características propias del enunciado del diario platense permiten incluirlo en el periodismo pendular. Por caso, en varias ocasiones el tema de la guerra fue analizado a través de notas críticas y admonitorias referidas a las limitaciones a la libertad de expresión -oficiales y de otras entidades como la “Sociedad de distribuidores de diarios, revistas y afines” - la censura y la ausencia de información oficial hacia los medios y la ciudadanía, la que desconocía incluso el destino de los soldados al finalizar la guerra, llegando

de las fuerzas armadas gobierno, el informe recomendó sanciones graves para los responsables (hasta la pena máxima para algunos de ellos). Si bien fue difundido por la Revista 7 Días, oficialmente fue desclasificado a partir del decreto presidencial 200/12 que ordenó la conformación de una comisión para tal fin.

a exigir explicaciones al gobierno de facto acerca de su responsabilidad en la concreción de un enfrentamiento que a todas luces, tenía escasas oportunidades de sortear exitosamente. Más grave aún, no silenció las acciones corruptas que implementaron hasta con las donaciones efectuadas por la sociedad. De igual modo, no sólo cuestionó las medidas económicas adoptadas en plena guerra sino que fue más lejos descalificando los planes económicos implementados desde 1976. Finalmente, la guerra fortaleció la certeza, del diario y acaso del resto de la sociedad, sobre la necesidad de restituir la democracia en la Argentina como única salida a la crisis política, económica y moral que provocó la última dictadura cívico-militar.

Referencias bibliográficas

- Díaz, C. (2011). “La Nación y Clarín frente a la Violencia Política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”, en Jorge Saborido y Marcelo Borrelli (comp.), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Eudeba.
- Díaz, C. Giménez, M., Passaro, M. (2003). “La intolerancia militar y la problemática comunicacional desde la perspectiva de El Día”, en V Congreso REDCOM, CD ROM ponencias, 2003.
- _____, “El Día y las cuentas pendientes con la dictadura: desde Papel Prensa hasta la Ley de radiodifusión”, en *IX Congreso De Historia De Los Pueblos*. CD ROM ponencias.
- _____, (2006). “La demanda recurrente de El Día a la dictadura: la ley de radiodifusión”, en *Revista Question*, año 7, Vol. 11, FPCS-UNLP, invierno.
- _____, (2009). “La desilusión de los ‘no socios’ con el ‘proceso’ (1976-1982)”, en C. Díaz, *Nos/otros y la violencia política 1974-1982. El Herald, La Prensa, El Día*, Ediciones al Margen, La Plata.

- _____, (2009a). “El Día contra los ‘signos’ de la violencia política (1974-1982)”, en C. Díaz (Dir.), *Nosotros y la violencia política 1974-1982. El Herald, La Prensa y El Día*, Ediciones al Margen, La Plata.
- _____, (2011). “Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)”, en Jorge Saborido y Marcelo Borrrelli (comp), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Eudeba, Buenos Aires.
- Díaz, C. Passaro, M., (2001) “La voz institucional de El Día rompe el círculo del silencio (1976/1977)”, en *VIII Congreso de Historia de los Pueblos*, CD ROM ponencias.
- _____, “Un opositor inesperado. El Día y la libertad de expresión en la última dictadura”, en *IV Congreso REDCOM*, 2002.
- _____, (2005). “El Día’ a día del gobierno de Viola”, en *X Congreso de Historia de los Pueblos*, AHPB, Coronel Suárez. CD ROM ponencias.
- _____, (2009). “Papel Prensa y la dictadura. Una historia de silencios, alianzas y oposiciones”, en Alejandro Verano (comp.), *Medios de comunicación en Argentina: diagnóstico y perspectiva*, EPC, La Plata.
- _____, (2011). “La construcción editorial de El día sobre la Guerra de Malvinas”, en *XIII Jornadas Interescuelas*, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
- Escudero, L. (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*, Gedisa, Barcelona.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, FCE, Buenos Aires.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas Una guerra argentina*, Sudamericana, Buenos Aires.

- Menéndez, M. I. (1998). *La “comunidad imaginada” en la guerra de Malvinas*, Eudeba, Buenos Aires.
- Neilson, J. (2001). *En tiempo de oscuridad 1976/1081*, Emecé, Buenos Aires.
- Quiroga, H. (2004). *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Fundación Ross, Rosario.
- Rozitchner, L. (2005). *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia. El punto ciego de la crítica política*, Losada, Buenos Aires.
- Verbitsky, H. (2002). *Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial*. Sudamericana, Buenos Aires.